
PSICOPATOLOGÍA
EXTREMA EN LOS
ANALES DEL CRIMEN:
CANÍBALES, VAMPIROS,
DESCUARTIZADORES,
PSICOLOGÍA Y CULTURA

EXTREME
PSYCHOPATHOLOGY IN
THE CRIME ANNALS:
CANNIBALS, VAMPIRES,
KNACKERS, PSYCHOLOGY
AND CULTURE

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN¹
FRANCISCO PÉREZ FERNÁNDEZ
Universidad Camilo José Cela

e-mail: fabellan@ucjc.edu / fperez@ucjc.edu

RESUMEN

La cuestión acerca de cómo nuestra sociedad fabrica caníbales, vampiros o descuartizadores -si es que lo hace realmente- está muy lejos de poder resolverse. Aún no ha podido determinarse si ser caníbal es una condición del sujeto o el resultado de una historia de aprendizaje. Y de ser un compendio de ambos elementos, qué clase de influencia pudiera tener cada uno de ellos en la conformación de la personalidad de estos individuos. De hecho, tampoco parece claro en algunos casos que ser vampiro o preferir el descuartizamiento sea cosa que dependa más del gusto particular del sujeto que de un trasfondo psicológico real. A lo largo de este artículo se desglosarán diferentes casos, teorías y puntos de vista que servirán para

ABSTRACT

The question of how our society makes cannibals or vampires, if really do it, is still far from being resolved. It has not been yet determined whether to be a cannibal is a condition of the subject or the result of a learning history. And have to be a compendium of both, what kind of influence could have in shaping the personalities of these individuals. In fact, neither seems clear in some cases prefer to be a vampire or to be a cannibal is something that depends more of the subject that a real psychological disorder. This article were analyse different cases, theories and views in the modern science contradiction. This phenomenon, need for legal and political institutions new perspective of study and crite-

¹ Dirección postal: Departamento de Criminología, Universidad Camilo José Cela; C/ Castillo de Alarcón, 49; Villafranca del Castillo, 28692, Madrid.

mostrar las contradicciones en las que vive la ciencia actual –y la sociedad que la alimenta– con respecto a este fenómeno, y además se pondrá de manifiesto la necesidad de que las instituciones jurídicas y políticas abandonen viejos criterios infructuosos y adopten nuevos puntos de vista centrados en la investigación y el conocimiento.

PALABRAS CLAVE

Psicopatología, Asesinos en Serie, Canibalismo, Vampirismo.

ria to adopt new viewpoints emphasizing research and knowledge.

KEY WORDS

Psychopathology, Serial Killers, Cannibalism, Vampirism.

INTRODUCCIÓN

Desde hace años la industria del libro y del cine estadounidense genera un movimiento envolvente que empuja al público a entretenerse con remozadas historias de vampiros, caníbales y toda suerte de criminales salvajes. Es cierto que este género no es nuevo, que viene y va, que ha sufrido múltiples transformaciones, deconstrucciones y reconstrucciones a lo largo del tiempo, pero no es menos verdad que en las dos últimas décadas parece haber retornado para establecerse con más fuerza y virulencia que nunca (González-Fierro y González-Fierro, 2005). A la sombra de fenómenos masivos como *Crepúsculo*, un folletín de terror acerca de un vampiro adolescente agraciado físicamente, la literatura y el cine han puesto de moda un sadismo criminal que si bien autores, guionistas y productores nunca olvidaron realmente, durante un tiempo pareció aletargado. Algunos periódicos bautizan este fenómeno como “terror insano para adolescentes” advirtiendo de que “banalizar la violencia es peor que el porno”. Para justificar este punto de vista se utilizan como coartada las afirmaciones contradictorias de sociólogos, psicólogos y psiquiatras, y ante la confusión que generan estos informes inconcretos en la opinión pública, quienes gobiernan a la sociedad española, perdida en una evidente falta de referencias, han prohibido por primera vez tras la dictadura franquista una película, *Saw VI*, bajo el pretexto de que hace apología de la violencia. Una legión de jóvenes que componen la mayor parte del público de esta tipología cinematográfica se manifestaron contra esta decisión del Ministerio de Cultura, si bien

tuvieron que conformarse con visionar la cinta en alguna de las escasas salas X que quedan en España (Belinchón, 2009).

Profundicemos un poco en la singularidad de este hecho: la controvertida saga cinematográfica *Saw* se basa en las andanzas de un singular asesino en serie, *Jigsaw*, cuyo retorcido mérito consiste en que no asesina a nadie de facto sino que, antes bien, idea miles de maneras truculentas, macabros rompecabezas, que la víctima debe tratar de resolver a fin de no ser ellas mismas las que maten, se aututilen o suiciden, mediante los métodos más morbosos que quepa imaginar. *Jigsaw*, cuya exitosa saga de filmes han acumulado un total de 3.564.000 espectadores solo en España, obra de tal modo como el nuevo epítome contemporáneo de la sangre y el sadismo, tal cual en su día lo fue el célebre *Leatherface* de la no menos exitosa película de culto que Tobe Hooper dirigiese en 1974: *La matanza de Texas*. Las incongruencias socioculturales y políticas en lo relativo al modo de tratar el asunto *Saw*, no obstante, se hacen evidentes cuando se conoce que fue la distribuidora Buenavista –empresa de la factoría Disney– quien puso la cinta en el mercado, y que ni en Estados Unidos, país en el que ha sido la producción más vista del año, ni en Inglaterra, se ha prohibido su exhibición limitándose tan sólo el acceso a menores (Martínez, 2009). El conflicto irresoluble entre la realidad y la ficción está servido otra vez.

La tercera pata del banco adquiere la forma del éxito cosechado por los nuevos relatos de horror que parecen imponerse en las listas de más vendidos. Hecho atestiguado por las ventas millonarias de libros como *Zombi. Guía de supervivencia o Guerra mundial Z*, escritos ambos por Max Brooks, hijo del humorista y cineasta Mel Brooks y de la célebre actriz Anne Bancroft. Textos que tratan el tema de los muertos vivientes completamente en serio y que ofrecen una imprescindible “protección completa contra los muertos vivientes” (Brooks, 2008). Libros que han revitalizado un género en franca decadencia y originado un auténtico tsunami de nuevas publicaciones que tratan de aprovechar el filón comercial.

No obstante, estas grandes manifestaciones culturales destinadas a asustar a las masas mientras se entretienen suelen diluirse en el terreno de la diversión, y solo las oleadas de moralina de determinados sectores adquieren tintes aún más inquietantes que aquellas manifestaciones a las que pretenden combatir. La violencia social, expresan algunas líneas ortodoxas de la sociología y la psicología, se debe a una perversa estructuración social, a la desintegración de la familia, a la injusticia de clase, al mal ejemplo, al sistema educativo y toda la letanía de elementos que se cita en estos casos. Tantos que quizá el problema se resolvería antes afirmando algo que pocos se atreven a sostener: que la cultura occidental es básicamente violenta y se apoya en la necesidad de injusticia (Kerbo, 2004). Y es cier-

to que ocasionalmente un niño o adolescente desequilibrados han imitado acciones que ha visto en el cine o en los videojuegos, pero no es menos verdad que se trata de un problema minoritario y bastante alejado de la corroboración empírica que sería exigible para realizar afirmaciones rotundas. De hecho, nada hay que permita hacernos pensar que la representación artística influye en la violencia real, aún a pesar de que se han dado casos de chicos que se han arrojado desde un quinto piso porque querían volar como Supermán, u otros en los que jóvenes debidamente asesorados por sus abogados afirmaron haber matado tras visionar subproductos cinematográficos como *Scary movie* (Pérez-Fernández, 2007b). Tampoco han logrado establecer este criterio más allá de la duda razonable aquellos padres agraviados que trataron de convencer a un tribunal, apoyados en la pertinente batería de especialistas, de que el suicidio de sus hijos se debió a la audición reiterada de la canción *Beyond the realms of death*, pieza de corte protesta a favor de la eutanasia, incluida en el disco *Stained Class* de la archifamosa banda de rock británica Judas Priest. El caso, como es lógico, hubo de ser sobreseído por falta de pruebas (Moyano, 2004).

Lo que sí puede afirmarse con precisión es que, por mucho cine de terror que los adolescentes visionen, difícilmente se transformarán en caníbales como Issei Sagawa y Francisco García Escalero, o se convertirán en mutiladores como Jeffrey Dahmer, *el carnicero de Milkwaukee* o Andrei Chikatilo, *la bestia de Rostov* (Gilmore, 2003). Y las estadísticas son tan abrumadoras en este sentido que carecería de sentido entretenerse en discutir las. De hecho Sagawa, muy culto, estudiaba literatura nada menos que en La Sorbona y era muy aficionado al arte (Kushner, 1997); en García Escalero encontramos a un vagabundo que ni leía, ni iba al cine, ni escuchaba música, ni había visto un videojuego en toda su vida, pero vivía eternamente sumido en la niebla provocada por un cóctel explosivo de alcohol y flunitrazepam² (Berbell y Ortega, 2003); al enfrentarnos al caso de Dahmer topamos con un fan incondicional de sagas cinematográficas tan poco incitadoras al crimen como la mundialmente famosa *Star Wars* (Ressler y Schachtman, 1993); y Chikatilo, por su parte, era un respetabilísimo miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética cuyo peor defecto público, quizá, residiera en el furor extremo con el que defendía sus creencias ideológicas (Conradi, 1992).

² El flunitrazepam, que en España se comercializa en farmacias con bajo prescripción médica con el nombre de *Rohipnol*, es un potente hipnótico de la familia de las benzodiazepinas que se indica especialmente en los casos de insomnio crónico e inducción anestésica, si bien puede emplearse como medicamento contra la ansiedad aunque este uso es menos habitual. Genera, como todos los medicamentos que afectan al sistema nervioso central, elevada dependencia y su uso como droga hipnótica fácil de adquirir es tan habitual que en países como Estados Unidos nunca ha sido aprobado legalmente.

La cuestión de partida entonces no reside –o no debiera residir– en tratar de demonizar diversas manifestaciones de la cultura popular en la medida que puedan resultarnos más o menos aceptables desde las visiones éticas y/o estéticas mayoritariamente aceptadas, que es lo que habitualmente se hace desde multitud de foros, y a menudo con intereses poco claros. Antes al contrario, deberían obviarse los rodeos poco útiles para tratar de preguntarnos por la cuestión de principio: qué motiva a un individuo para sentir placer mutilando a otro. Por qué un asesino no se conforma con quitar de en medio a su víctima, sino que además se toma graves molestias para cuartearla con un hacha o una sierra, e incluso consumir parte de ella, aunque deba invertir en el envite muchas horas de planificación y sacrificio. Y, sobre todo, por qué después experimenta la necesidad irrefrenable de repetir la experiencia.

Si el derecho pretende encontrar a los culpables, juzgarlos, condenarlos y tratar de habilitar los medios para su rehabilitación; si la psicología y la psiquiatría intentan explicaciones conductuales y orgánicas que traten de dar razón de los comportamientos y motivaciones de estos individuos con la finalidad de prevenirlos y/o tratarlos; la función multidisciplinar de la criminología se orienta en la dirección de comprender la etiología del delito, de encontrar el mecanismo del crimen, sea este cual fuere, a fin de diseñar estrategias preventivas para tratar de dejarlo inactivo. De nada servirá entonces decir que la educación que reciben los jóvenes es un elemento catalizador de conductas criminales, pues lo que debe interesar al criminólogo –en el caso de que pudiera demostrarse que la afirmación precedente fuese cierta– es encontrar la manera de identificar los elementos perniciosos de los modelos educativos vigentes y articular medidas objetivas y razonables para desactivarlos.

CANÍBALES

El canibalismo es una actividad antiquísima en la historia de nuestra especie (Arsuaga, 2002). Incluso hay quien defiende que se trata de una práctica puramente alimenticia, circulando por internet cientos de supuestas recetas cuya materia prima básica sería la carne humana, al punto de que no pocos autores e investigadores han llegado a picar con esa leyenda urbana que postula la existencia de una página web en la que se puede adquirir carne humana para su consumo (Ferris y Fontanet, 2007). Lo cierto es que en nuestra cultura el canibalismo ritual, e incluso el gastronómico, es un vestigio del pasado. En la sierra de Atapuerca, en la Gran Dolina, los excavadores han encontrado huesos roídos

por dentaduras humanas, marcados con la muesca de los útiles que sirvieron para desprender la carne de ellos con tal eficiencia que no parecen caber dudas al respecto: el *homo antecesor* era un caníbal, quizá ritual, tal vez por motivos de necesidad o de simple supervivencia (Arsuaga y Martínez, 1998). Pero allá donde los paleoantropólogos han observado una necesidad biológico-cultural de épocas pasadas, psiquiatras y psicólogos observan cuando aparece en el presente un comportamiento patológico, y los criminólogos sospechan una brutalidad asesina. Y ello porque la ciencia ha mostrado que el ser humano no se conforma con atender sus necesidades básicas sino que inmediatamente después de haber dado con el modo de satisfacerlas se convierte en un *generador de cultura* que trata de atender otro tipo de demandas: las artísticas, las tecnológicas, las filosóficas, las morales, las impuestas por su fantasía y, por supuesto, las criminales (Levi Strauss, 1995).

El crimen, obvia decirlo, acompaña al hombre desde sus primeros pasos. De hecho, ya autores como Cesare Lombroso, padre de la muy seguida Escuela Positiva del Derecho Penal, argumentaron que es más que probable que nuestra especie se hiciera hueco en un entorno hostil a través de la violencia, y que para ello viniera dotada con todo un elenco de instintos feroces y rasgos brutales al que Lombroso denominó *atavismo*. Rasgos e instintos que en el decurso de la evolución de la especie y de la cultura debieron ir desapareciendo del hombre moderno, pero no así del primitivo, de suerte que el criminal del presente debería ser un sujeto atávico, un salvaje alejado de su tiempo y su lugar al que el azar de la herencia ha equipado con la violencia ya inaceptable de un pasado remoto (Pérez-Fernández, 2005). Este tipo de planteamientos que tratan de explicar nuestra cultura también como una *cultura del crimen*, es obvio, ha producido una larga estela de repulsión entre las mentes *cultivadas*, así como un grave rechazo entre los historiadores que tienden a expulsar de sus elaboraciones de la historia el relato del delito olvidándose con ello de que éste siempre es, también, una fotografía de las sociedades pasadas y presentes.

La verdad es que, pese a la antigüedad del impulso caníbal y la incompreensión que suscita en la sociedad occidental del cambio de siglo, una nueva generación de antropófagos sorprende al mundo con sus hábitos extravagantes. Entre los más recientes destaca el supuesto poeta y dramaturgo mejicano José Luis Calva Zepeda, de 38 años, un psicótico alcohólico y adicto a la cocaína conocido también como el *Canibal de la Guerrero*. En su caso la ingestión de carne humana no parece obrar como un rasgo atávico sino, ante todo, como la meta de un vanguardista literario que busca inspiración para sus relatos de terror. Zepeda fue descubierto cuando pasaba por la sartén lonchas del brazo de su novia. “[El experto]

Gabriel Barrón explica las características comunes de Dahmer y Calva: realizaron actos de canibalismo y alcoholismo; son antisociales; tienen pensamientos y fantasías de muerte; muestran homosexualidad; poseen fantasías sexuales; no toleran el abandono; mantenían el cadáver varios días para actos de necrofilia o canibalismo; los acusaron de abuso sexual y robo; desmembraron cuerpos y admiraban la muerte. Sobre este panorama, el experto señala: *Los homicidios cometidos por Dahmer y Calva presentan similitudes porque existe una búsqueda por parte del homicidas de poder y dominación o bien es un asunto puramente sexual. Si recuperamos algunas de las concepciones de Steven Egger (otro especialista en la materia) establecen que mediante la agresión sexual se logra obtener el poder y la dominación absoluta de la víctima o bien se logra alcanzar la satisfacción sexual*” (Medellín, 2007). Cabe la posibilidad de que con este tipo de comedor de carne humana urbanita e ilustrado el canibalismo y el vampirismo hayan dejado de ser la expresión del instinto trabucado por la soledad y el aislamiento para transformarse en alguna especie de aventura intelectual.

GEIN, SAGAWA Y MEIWES. TRES ASPECTOS DEL MISMO FENÓMENO

En un extremo del espectro caníbal nos encontramos al norteamericano Ed Gein, quien en el año 1957 fue desenmascarado como autor de dos asesinatos, aparte de cocinero que ofrecía sus excelentes y codiciadas conservas de carne a los vecinos. Gein, el hombre que sirvió de inspiración a obras cinematográficas de la talla incuestionable de *Psicosis* –Alfred Hitchcock–, *La matanza de Texas* –Tobe Hooper– ó *El silencio de los corderos* –Jonathan Demme, creció apartado del mundo por una madre dominante y de una religiosidad extrema hacia la que desarrolló un complejo de Edipo irresuelto, y que le impidió el disfrute del sexo y su conformación como persona (Askenasy, 1994). Tras la muerte de su hermano –al que probablemente mató él mismo– y sus progenitores, sólo en una granja aislada, sin el habitual control externo, su personalidad explotó para manifestarse como una completa confusión de deseos, fantasías sexuales y delirios que le condujeron a la necrofilia. Desenterraba, pues, a los muertos de los cementerios para llevarse a casa trozos de cadáveres y fabricar con ellos cinturones, pantallas de lámparas y disfraces femeninos de piel humana pues, obsesionado con el cambio de sexo, quería *vestirse de mujer* (Pérez-Fernández, 2007a).

Gein era timorato, poco inteligente y escasamente formado. Un granjero palurdo, sin debastar, que sin embargo era hábil con los trabajos manuales. Así,

leyendo por su cuenta tratados de anatomía, se las ingenió para desarrollar una gran habilidad a la hora de descuartizar cadáveres, así como para ocultar a los ojos de una pequeña comunidad rural sus deplorables actividades. Hasta que el lógico ascenso hacia la perfección –y las voces de su madre que nunca dejó de escuchar– le empujó a ensayar con cuerpos vivos. Tal vez nunca hubiera sido descubierto de no haber secuestrado y asesinado a la vistosa propietaria de la taberna local así como a la dueña de la ferretería (Pérez-Abellán y Pérez-Caballero, 2002).

Nada que ver el caníbal patológico de la *deep America* de la década de 1950 que representa Gein con el atildado antropófago del siglo XXI, representante por excelencia de la higiene, la elegancia y la cultura: el alemán Armin Meiwes, más conocido en todo el mundo como *Caníbal de Rotemburgo*. Paradigma del hombre de bien, de posibles, buen vecino que habita un enorme caserón familiar en el que convive con su anciana madre a la que adora, Meiwes introdujo en el nuevo milenio esa estrambótica aventura de comerse a otro ser humano, un juego escabroso que supera lo meramente sexual para confundirse con el delirio de la intelectualidad, e incluso de la estética (Guest, 2001).

El caso Meiwes es sobradamente conocido en sus pormenores pues la prensa lo aireó con profusión, pero conocerlo no impide que el relato de los hechos, aunque sinóptico, resulte estremecedor en su meditada frialdad. El caníbal, en marzo de 2001, conectó su ordenador, entró en una página de contactos visitada preferentemente por homosexuales y subió un mensaje sencillo en el que decía buscar una pareja que se dejase comer, literalmente. Varios contestaron, pero todos fueron echándose atrás. Unos porque simplemente bromeaban, otros porque habían creído que el bromista era el propio Meiwes. Sólo un ingeniero informático berlinés se mantuvo firme en su respuesta sin que todavía hoy se sepa exactamente qué motivos le condujeron a adoptar semejante postura: Bernd Jürgen Brandes, de 42 años. En el día de autos Brandes estuvo a punto de arrepentirse. Incluso, tras pasar aquella tarde juntos, retornaron ambos a la estación del ferrocarril casi desechando la idea como una completa locura. Pero en el último momento –así lo cuenta Meiwes– Brandes cambió de opinión y decidió hacerlo. El resto es historia. Una historia dramática y truculenta que ha podido conocerse hasta el más nimio detalle porque todo quedó grabado en una sádica cinta de video. Meiwes, ególatra insufrible que se sabía en todo momento protagonista del horror, era consciente de que tarde o temprano le verían –o se vería a sí mismo– en esas imágenes y actuó ante la cámara con gran profesionalidad. No menos tremendo resulta saber que unos días después del asesinato y despiece de Brandes, el caníbal volvería a insertar en otra página de contactos un reclamo igual al primero (Jones, 2005).

En su juicio, pues fue declarado mentalmente apto por los especialistas que le examinaron, dejó para la posteridad algunas apreciaciones únicas: “la carne humana está muy buena [...] sabe a cerdo amargo” (Jones, 2005). Se mostró capaz de bromear sobre el terrible crimen pues comprendía mejor que nadie que la justicia no estaba preparada para juzgarle o entender sus actos. De hecho tuvo que enfrentarse a los jueces por dos veces, pues en la primera ocasión el juicio se saldó con una exigua condena por un delito de segundo orden. Al fin y al cabo los autores de las leyes –hecho que no sólo afecta al derecho alemán sino también, entre otros, al español– no habían pensado nunca en que pudiera darse el caso de que alguien se dejara devorar voluntariamente. Incluso ofreció toda suerte de lecciones a la audiencia estupefacta: en Alemania –explicó– habría al menos otros cuatrocientos caníbales buscando alimentarse como él. Serían víctimas de lo que el propio Meiwes ha bautizado como *síndrome de Hansel*, por el archifamoso cuento en el que la bruja engorda a los niños para posteriormente cocinarlos y comérselos. Aún fue más lejos al atreverse a lanzar sermones desde la cárcel en los que difundió la idea de que comerse a Bernd Jürgen Brandes fue una especie de comunión mística, una experiencia religiosa, el acto de un fiel enamorado: “con cada pedazo de su carne que comía, le recordaba” (Jones, 2005).

La cuestión, por supuesto y frente a los evidentes trastornos mentales que aquejaban a Ed Gein y que justifican tan terribles actos por sí mismos y mejor que su autor, pues Gein, muy limitado incluso mnémicamente, siempre fue incapaz de explicarse con claridad ante sus interrogadores (Woods, 1995), es determinar si Meiwes –en el otro extremo del espectro– está *loco* o no lo está. Y si lo estuviera, descifrar qué clase de trastorno le aqueja. Pero lo cierto es que nadie ha sido capaz de averiguarlo hasta el presente más allá de la simple consideración de que *no es rehabilitable* y supone un grave peligro para la sociedad. Esto sitúa al psicólogo, al psiquiatra o al criminólogo ante la terrible evidencia de que, más que ante un enfermo al que no se sabe de qué cosa hay que tratar, pudiéramos encontrarnos ante un explorador que se adentra en territorios no cartografiados por la ciencia y para los que no existe aún concepto o posible definición más allá de la simple descripción de los hechos (Benezech, *et al.*, 1981).

Semejante punto de vista quedaría confirmado por la peripecia de Issei Sagawa pues, al parecer, todos los caníbales modernos –Meiwes incluido– tienen su misma escuela. El mundialmente conocido como *Carnicero del Bois de Boulogne* era bajito, de una constitución tan grácil que parecía completamente inofensivo, poseía modales muy refinados y era culto. En 1981 invitó a su apartamento parisino a una joven holandesa de 25 años, Renée Hartvelt, de la que estaba profundamente enamorado. Primero propuso a la chica mantener relaciones sexuales, y cuando esta se

negara argumentando que únicamente quería su amistad, le disparó en la nuca y la descuartizó. Sentía, al parecer, un impulso irresistible de comer su carne blanca como la nieve (Kushner, 1997). De nuevo el binomio sexo-sangre.

Issei, quien tal y como se supo con posterioridad jugaba a los caníbales de manera incruenta desde la infancia, fue descubierto por la policía cuando trataba de deshacerse de los pedazos de su víctima que le parecieron menos apetecibles. Se descubrió en su refrigerador una gran provisión de filetes de carne humana procedentes de muslos, glúteos y brazos. Según su declaración “no pudo resistirse a probar aquella carne tan delicada” (Katz, 1992). Lo sorprendente es que Sagawa, hijo de un poderoso magnate industrial japonés, fue diagnosticado de *locura temporal* y escapó a la justicia al ser extraditado a su país. Allí permanecería en un hospital mental durante quince meses para posteriormente ser liberado en 1986. Luego escribió un libro pseudometafísico (Sagawa, 1983) sobre su lección de gastronomía humana que gozó de un enorme éxito, y en el que los contenidos sexuales son omnipresentes y gozan de un tratamiento especial: así por ejemplo asombra al lector su lucha denodada para transformar en parte comestible el ano de la joven muerta. Todavía hoy, es una figura de la televisión nipona y tiene su propia página web que ofrece, entre otras cosas e irónicamente, consejos sobre alimentación. En el caso Sagawa, como observará el lector, se plantean las preguntas que no respondió tampoco el caso Meiwes: ¿sociópatas o iluminados?

VAMPIROS

La mayor parte de la literatura sobre la materia –ya sea en clave antropológica o novelesca– asume que ingerir o masticar cualquier tipo de carne y beber sangre o vampirizar a un hombre o animal pudieran ser actos sólo aparentemente distintos, pues sus motivaciones de fondo serían similares. La ingesta de sangre a menudo se disfraza de superstición pseudorreligiosa pues el bebedor presupone que dota al beberla asume la fuerza de su víctima, y algo parecido pretextaban algunas sociedades con costumbres caníbales para comer el cerebro o el corazón de sus enemigos. La sangre, obviamente, no es una bebida aconsejable pues no tiene buen sabor, ni es especialmente alimenticia, ni tal vez resulte sano consumirla, pero cuando su ingesta se presenta en un crimen expresa asunción de poder, posesión extrema, dominación absoluta del victimario sobre la víctima. Y si el criminal busca la dominación, entonces el motivo último, lo que se esconde tras el acto vampírico, es siempre un impulso erótico; una fantasía sexual (Prins,

1985). Sin embargo, el criminal vampírico tiene un impulso necrófilo más o menos definido entretanto el caníbal, por lo general, no (Masters y Lea, 1970).

No obstante, aunque se trata de una práctica parafilica con una tasa de incidencia muy baja en la población, y al igual que sucede con los caníbales, los vampiros son abundantes en el mundo del crimen. Desde Peter Kürten, el *Vampiro de Düsseldorf*, a Richard Trenton Chase, el *Vampiro de Sacramento*, pasando por Fritz Haarmann o John George Haigh. Kürten, por ejemplo, atacó a cientos de personas a las que en muchos casos no llegó a matar valiéndose de tijeras, navajas y martillos con los que provocaba a sus víctimas heridas a través de las que chuparles la sangre fresca (Pérez-Abellán y Pérez-Caballero, 2002); Chase, un psicótico de manual, decía estar aquejado de una enfermedad rara –e inexistente– por la que de no consumir sangre fresca con asiduidad haría que la suya se transformase en polvo (Pérez-Fernández, 2007a).

Por su parte John George Haigh, el *Vampiro de Londres*, explicó a los especialistas con los que se entrevistó tras ser detenido que necesitaba la sangre de sus víctimas como *fluido vital* (Martín, 2002). Por lo demás, pensaba de forma errónea que si no se encontraban los cadáveres jamás sería culpado por sus actos abominables. Ello ha motivado que también sea conocido como el *Asesino del Baño de Ácido*, pues introducía a sus víctimas en un bidón con productos químicos para diluirlas. Pese a todo, y junto con otras muchas pruebas incriminatorias, la policía encontró entre los restos varios cálculos renales que bastaron para mandarle a la horca. Los expertos tomaron a Haigh por un completo simulador, pues explicó de manera bastante melodramática que tenía terribles pesadillas con delirios sangrientos, e incluso trató de convencerles de su locura realizando toda suerte de disparates extemporáneos como el de beberse su propia orina (Dunboyne, 1953). Pese a todo, es muy probable que el relato que realizó de sus prácticas vampíricas fuese cierto.

Ya en la Barcelona de 1912 es posible encontrarse con una mujer vampiro, Enriqueta Martí, que llevaba una doble vida y demuestra que, con total independencia de otras causaciones patológicas, el dinero puede ser un perfecto aliciente para transformarse en un depredador de niños. Durante el día vivía como una auténtica mendiga, despeinada, ataviada con ropas viejas y deambulando de un lado para otro, quizá buscando escenarios para raptar niños cual una bruja de cuento. Por las noches revivía en el mejor sentido de la palabra, vestía ropas caras y voluptuosas y era recogida por los coches de caballos de sus misteriosos acompañantes (Núñez, 1912). La verdad es que Enriqueta mantenía un extravagante negocio, pues se dedicaba a extraer la grasa y la sangre de los pequeños a los que raptaba: materias con las que elaboraba mejunjes y pomadas que, creyendo

ron sus clientes, curaban las dolencias de aquellos pacientes desahuciados por la medicina convencional. De hecho, cuando la detuvieron encontraron todo tipo de tarros con sangre y grasas de origen humano. Al parecer, la propia vampira hacía buena publicidad de sus productos ya que es probable que los consumiera ella misma a fin de mantenerse sana, vital y con aspecto juvenil (Pérez-Fernández, 2007a).

Los registros de sus casas, pues el negocio le daba pingües beneficios para sostener más de una, dieron como resultado el hallazgo de ropa ensangrentada y huesos de niño, además de la recuperación de sus últimos raptados: Teresa Guitart y otro pequeño que esperaban encerrados a que les llegase su hora (Núñez, 1912). Enriqueta trató de hacerse pasar por loca, pero no convenció a las autoridades, que la juzgaron y enviaron a prisión si bien, y esto es relevante, las descripciones médicas que han llegado al presente hacen pensar que, en efecto, la *Vampira de Barcelona* pudiera estar aquejada de alguna clase de trastorno psicótico. Allí, en la cárcel, fue asesinada. Hay quien lo achaca a la mano de sus influyentes clientes, temerosos de verse implicados en el escándalo truculento. Otros simplemente indican que fue la venganza de las otras presas ante la indignación que los horribles crímenes de Enriqueta Martí llegó a provocar (Palacios, 1999).

DESCUARTIZADORES. LA ESTACIÓN INTERMEDIA

En la trayectoria vital del *Matamendigos*, Francisco García Escalero, existen pocos lugares oscuros y casi ningún resquicio para la duda: se trata de un individuo falto de atención, cuidados y educación desde la más tierna infancia al que la bebida mezclada con los fármacos provocaron una esquizofrenia paranoide. Nació junto a las tapias del madrileño cementerio de La Almudena –lugar que ejerció sobre él una fascinación enfermiza desde la niñez– y su primer delito grave, una violación por la que fue detenido y condenado, lo cometió dentro del propio camposanto. Cuando salió de la cárcel, a causa de su adicción, su conducta no hizo otra cosa que empeorar (Reig, Torres, García y De Vicente, 2009). Así, entre 1987 y 1993, Escalero operó como asesino en serie, uno tan terrible que no se sabe el número exacto de sus crímenes porque, entre otras cosas, ni él mismo lo recuerda al pasar durante aquellos días la mayor parte del tiempo embebido en la nebulosa del alcohol y los psicofármacos. Era un descuartizador: a algunas de sus víctimas les cortó la cabeza, a otras el pene, de una se sabe que le extrajo el corazón y lo mordió (Berbell y Ortega, 2003).

Lo más terrible de un caso como el de Francisco García Escalero es que era un asesino en serie desorganizado que, pese a todo, actuó en el centro de una gran ciudad, a la luz del día, eludiendo toda clase de controles sociales, judiciales y policiales. Un enfermo mental peligroso, con antecedentes, cuya capacidad de reinserción era muy dudosa. Cuando por fin le descubrieron junto a su larga lista de *less-dead*³, los médicos que le trataron y las autoridades, sumidos en la estupefacción, advirtieron que todas las medidas preventivas comunes habían fracasado estrepitosamente (Reig, Torres, García y De Vicente, 2009). Escalero, un sin techo, había matado con reiteración, descuartizado los cadáveres y hecho desaparecer los restos en medio de una gran capital como Madrid sin que ninguna institución diera la alerta aún a pesar de que estaba siendo atendido en el psiquiátrico provincial.

Contemporáneo del sin techo asesino fue Andrei Chikatilo, la *Bestia de Ros-tov*, quien masticaba el útero y la vagina de sus víctimas, aunque los encontrara poco de su gusto dado que tenían demasiada materia elástica y por ello no los tragase (Pérez-Abellán y Pérez-Caballero, 2002). Esta afición no sólo habla de una focalización sádica de la actividad sexual sobre la carne y la sangre, sino que también es una muestra clara de provocación. Los grandes asesinos en serie que se convierten en caníbales, vampiros y descuartizadores siempre actúan impulsados por tremendas fantasías sexuales en las que el daño de la víctima supone disfrute y el victimario sólo encuentra placer haciendo daño. Esto explica que en los crímenes sádicos, como firma indeleble, siempre haya cuchillos o elementos cortantes de por medio (Krafft-Ebing, 1970). Lo que se observa en las actitudes peculiares de los criminales es poco más que una manifestación de sus preferencias personales motivada por un mismo impulso común. Impulso que, en el fondo, mueve a muchos asesinos sistemáticos que ni tan siquiera son capaces de reconocerlo en sí mismos: Ted Bundy mordía con fiereza los glúteos, pechos y hombros de las universitarias a las que sorprendía –y a las que en algún caso decapitó–; *Jack el Destripador* mordió el riñón de una de sus víctimas entretanto disfrutaba desfigurándolas brutalmente. E interesa subrayar el hecho de que ni la sociedad actual, ni mucho menos sus instituciones, parece preparada ideológica o éticamente para tratar con esta clase de individuos a los que ni comprende cuando actúan, ni parece saber manejar cuando ha logrado detenerlos.

Anatoli Onoprienko, la *Bestia de Zhitomir* o el *Exterminador*, condenado por el asesinato de 52 personas, hizo todo lo que pudo para aparentar modernidad y van-

³ *Less-dead*, literalmente *menos-muertos*, es el término con el que Egger (1998) se refiere a aquellas personas que por su situación social, vital o laboral (mendigos, prostitutas, personas solitarias, etc.), se encuentran en una situación de especial vulnerabilidad ante el posible ataque de un criminal sistemático.

guardismo en sus actividades pues no asesinaba –o eso parecía– por motivos sexuales sino para robar. No igualó a Chikatilo, lo cual era su meta original, por una sola víctima. Onoprienko, en cuya lista de víctimas hay al menos diez niños, descuartizaba con saña y eficiencia pues, como explicó a su abogado Ruslan Moszkowski, “veía a la gente como una bestia contempla a los corderos”. No obstante, su comportamiento confirma la naturaleza sexual de su sadismo: tras penetrar en las viviendas y reunir a familias enteras en el salón de sus hogares, Onoprienko asesinaba a los hombres con un arma de fuego, pero las mujeres y los niños, invariablemente, eran asesinados con cuchillos y martillos. Así corría la sangre. Luego incendiaba las casas (Lohr, 2009). Escalero y Chikatilo justificaban sus mutilaciones argumentando que eran ineficaces, por motivos mecánicos, para sostener una relación sexual convencional entretanto Onoprienko nunca dijo tener este problema y se consideraba un simple ladrón, pero esto no es más que falacia autojustificativa: la verdad es que en los tres casos el verdadero acto sexual eran el asesinato y la sangre.

Pero, tal y como sucedía en el caso del vampirismo, el dinero también puede suponer una extraordinaria motivación para empujar a alguien al descuartizamiento de otro ser humano. La juventud, la avaricia y una fuerte sospecha de trastorno de personalidad antisocial definen la peripecia del llamado *Descuartizador de Cádiz*, José Juan Martín Montañez, vástago de un suboficial de policía retirado, quien a los 22 años planeó un crimen tan meticuloso como horrendo: mediante una argucia llevó a su mejor amigo, Javier Suárez Samaniego, hijo de un conocido arquitecto, a la casa que tenía alquilada cerca de la playa. Allí, en enero de 1989, le clavó un cuchillo en el pecho y seguidamente le descuartizó en la bañera. Pretendía simular un secuestro para obtener doce millones de pesetas de la familia de su víctima (Yélamo y Mendez, 1989). A la representación que el descuartizador tenía pensada no le falta un detalle: cuando comenzó con la extorsión ya había convertido a su víctima en trece piezas distintas y la había transportado, cruzando todo Cádiz, a las aguas de la Punta de San Felipe para arrojar los bultos. Se reservó las manos cortadas por si necesitaba enviar a la familia un dedo amputado para presionar a fin de obtener el pago del rescate.

Pero siempre queda la duda cuando hay que enfrentarse a crímenes tan extremos y retorcidos. El criminal gaditano actuó por dinero, sin duda, pero parece que también se vio impelido por otras motivaciones menos confesables. De hecho, a lo largo de su confesión, explicó con total frialdad que para deshacerse del cuerpo se le ocurrió que podría comérselo. Reúne por tanto todos los elementos que transforman al descuartizador en un tipo en transformación hacia otra cosa, hacia finalidades más elevadas y patológicas. Además, al igual que Meiwes, Chikatilo u Onoprienko, no estuvo en ningún momento ausente de cuanto sucedía a su alrededor pues nada más

ser detenido realizó una pregunta clara y concisa: “¿cuánto me va a caer por esto?” (Pérez-Abellán, 1997). Frío, distante, complejo, introvertido, Martín Montañez podría sentir algo por su víctima y quedar decepcionado por una fría respuesta. Su acción responde a un combinado de ambición, odio y sentimientos heridos. No quiere decirse con esto que el fallecido le siguiera en nada, pues es muy probable que ignorase todo cuanto le convirtió en objeto de asesinato y desmembramiento. No cabe adoptar la postura cínica –incluso hipócrita–, que a menudo atraviesa transversalmente nuestra sociedad, de culpar a las víctimas por serlo pues los asesinos, siempre y en todo caso, son los que deciden por ellas (Ressler, 2005).

CUESTIÓN SOCIOCULTURAL

Casi sin darse cuenta, Occidente ha pasado de tener unos delincuentes que robaban en las casas, se valían del *timo de la estampita*, esperaban al transeúnte despistado a la vuelta de la esquina para sisarle el reloj con una intimidación calculada, o se llevaban el equipaje del maletero del coche, a alimentar un número creciente de criminales que desean del desconocido sus posesiones más valiosas: la integridad y la vida. E incluso más allá, una vez muertos, estos asesinos a menudo vacían a sus víctimas de toda personalidad, las descuartizan, las desfiguran e incluso las consumen como al ganado. Las preguntas, aún sin respuesta, están claras: ¿qué tiene la cultura occidental que en su lucha por el aumento de las libertades y el bienestar material de sus componentes genera estos monstruos? ¿Tal vez suceda que en esa batalla centenaria por asegurar una existencia material plena y eficiente Occidente haya ido descuidando los elementos ético-morales más básicos de la existencia humana? ¿Quizá el estilo de vida moderno es caldo de cultivo apropiado para la generación, consolidación y complicación de los trastornos mentales, incluso de los más extremos? A día de hoy, ya se anticipaba en la introducción, el debate carece de una resolución concisa porque la magnitud del problema desborda los márgenes de conocimiento real que se tiene del mismo.

Por la idiosincrasia particular de sus crímenes, los descuartizadores, vampiros y caníbales son criminales solitarios que pertenecen a esa tipología de *asesinos-artesanos*, como lo son los estranguladores, que no confían nada más que en sus propias fuerzas y habilidades. Lo que parecen tener todos en común –basta repasar los casos mencionados– es el afán de medirse con los cuerpos de sus víctimas, manipularlas, dominarlas y poseerlas hasta extremos indecibles, morosidad incluso a la hora de deshacerse del cadáver con el que pueden llegar a pasar horas,

días. No es posible, por consiguiente, esperar relatos agradables de esta reducción de los cuerpos a un montón de carne y sangre comestibles y flaco favor hace al conocimiento de los mecanismos del crimen quien así lo pretende.

El arrebato salvaje del *Matamendigos* es tan pulsión sexual y golpe de ira como el mordisco con el que Ted Bundy firmaba sus obras, la extracción brutal del útero que practicaba Chikatilo, o el paso por la sartén de la novia de Zepeda. En ese proceso evolutivo de degradación y oscurecimiento de la personalidad que implica adentrarse por este camino tortuoso, algunos de ellos, los menos, pierden el juicio y se convierten en completos psicóticos. Así Escalero o Ed Gein, toda la vida esclavos de la muerte, necrófilos amantes del cementerio y de lo muerto. Otros, como Issei Sagawa, antisociales y endurecidos, aprenden a vivir con sus taras haciendo del vicio virtud para convertir su sabiduría única, nacida de un acto delictivo tan monstruoso que muy pocos se atreverían a repetirlo, en una pieza de valor social inapreciable, una mercancía deseada que puede comprarse y venderse.

La incapacidad del derecho, de las medidas básicamente punitivas, para llegar al fondo de los conflictos delincuenciales nos aleja de posibles soluciones para algunos de los más poderosos enigmas criminales, especialmente aquellos que arrancan en un impulso sádico y concluyen con las más perversas torturas y mutilaciones. Así ocurrió por ejemplo con el celeberrimo caso Alcácer (Pérez-Abellán, 2002). Un suceso que ocupó y preocupó a la sociedad española en su conjunto y que, todavía hoy, tras los miles de diligencias y los ríos de tinta, continua repleto de opacidades y preguntas sin respuesta.

Mediado noviembre de 1992, tres jovencitas, Miriam, Toñi y Desirée, desaparecieron cuando se dirigían a una discoteca de Picasent. Sus cuerpos mutilados fueron hallados a finales de enero de 1993. A dos de los cadáveres les faltaban al menos una mano y otro de los cuerpos había sido mutilado con unos alicates. Quienes, en ello convinieron todos los especialistas que examinaron la escena del crimen y los cuerpos de las chicas, abusaron de las pequeñas fueron sin duda personas con trastornos emocionales, dificultades de erección y quizá consumidores habituales de diversas sustancias. Se fue poco más allá de lo evidente y el caso fue cerrado sin resolver. Todavía está en busca y captura uno de los supuestos autores de los crímenes, Antonio Anglés Martins, quien golpeaba y hacía objeto de malos tratos a su propia madre. Igualmente fue hallado culpable de malos tratos a una antigua compañera sentimental a la que tuvo secuestrada y atada con cadenas durante muchas horas, lo cual muestra que al menos uno de los criminales era un sádico redomado, capaz de golpear con piedras dentro de una camiseta utilizada como maza la espalda de las niñas. Pese a todo, los medios de comunicación construyeron desde la nada un personaje irreal:

dijeron que hablaba dos idiomas, español y portugués, y que vestía como un timador de amplios vuelos, cuando ambas cosas son inciertas. Incluso se le ha elevado a la categoría de mito criminal capaz de saltar los controles de la Guardia Civil y huir de España, cuando la realidad es que debe estar tan muerto como las niñas y quizá solo unos minutos antes o después que ellas. Todo el mundo da por culpable a Antonio Anglés y lo supone vivo, pero es bastante improbable y el misterio permanece (Pérez-Abellán, 2002).

Otra lección sociocultural por aprender es la que ofreció Jeffrey Dahmer, el *Carnicero de Milkwaukee*. Un niño triste al que sus progenitores –sumidos en una constante discusión matrimonial– hacían poco caso y que se fugaba de la realidad diseccionando animales muertos. Eran muchos los que conseguía, pero en casa lo tomaron como un entretenimiento inocuo y nadie se preguntó si lo que hacía era matarlos él mismo. Dahmer avisó a menudo con los cientos de conductas disruptivas de su adolescencia antes de convertirse en un terrible asesino, pero no encontró a nadie dispuesto a escuchar estos mensajes (Backderf, 2002). Su identidad sexual escasamente desarrollada, un hogar infeliz y una adolescencia bañada en cerveza, le convirtieron en un ser necesitado de compañeros sexuales que no reaccionaran, que recibieran impasibles sus caricias. Intentó experimentar con un maniquí, más adelante, trató de perfeccionar la técnica intentándolo con la necrofilia y, posteriormente, capturando jóvenes negros a los que drogaba y, en algún caso, trató de agujerear la cabeza con un taladro buscando fabricar un zombi que se sometiera a su voluntad incondicionalmente (Pérez-Fernández, 2007a). Se convirtió, por fin, en un masturbador, fetichista y coleccionista de despojos. Cuando le capturaron, los policías que abrieron su refrigerador encontraron cuatro cabezas humanas dentro. Aunque le condenaron a quince cadenas perpetuas, a mediados de la década de 1990 fue asesinado en la prisión con una barra de hierro por otro preso esquizofrénico que, al igual que él, no debería encontrarse allí (Ressler y Schachtman, 1993).

Puede que Dahmer fuese un proyecto de ser humano fracasado desde la infancia, pero, y esta es la tercera gran enseñanza sociocultural que nos ofrecen estas historias, ser un triunfador en ciernes tampoco garantiza ser excluido de la lista de los criminales más terribles lo cual implica que el recurso a una infancia desquiciada para explicar la personalidad distorsionada de estos individuos no deja de ser, a menudo, un recurso fácil y novelesco. Ted Bundy estaba sobrado de fuerza y encanto, era un gran deportista y, aparentemente, un sujeto sobresaliente, sin razón alguna para desarrollar complejos, con todo lo necesario para triunfar y ser un verdadero líder (Schwartz, 1994). Interesado por los conflictos sociales, estudiaba derecho y psicología, trabajaba en el teléfono de la esperanza, detestaba la

injusticia social, era miembro del Partido Republicano y muchos de sus compañeros estaban convencidos de que llegaría a gobernador –e incluso más arriba. Llegó a ser tomado por un nuevo tipo de héroe social al ser premiado por la policía de Seattle por detener a un ladrón y devolver la cartera robada e incluso por salvar, en 1970, a una joven que se estaba ahogando (Pérez-Abellán, 2004).

De todos los caníbales, mutiladores y descuartizadores posibles, Ted Bundy era el de aspecto más inteligente atractivo y seductor. A pesar de los cientos de pruebas circunstanciales en su contra, pudo ser incriminado por dejar la marca perfecta de sus dientes en los glúteos de una de sus últimas víctimas. Padecía un problema extremo de sadismo sexual. Se llevaba los cuerpos de las mujeres, siempre que podía, para proceder con ellos a toda clase de prácticas necrófilas y salvajes. Los abandonaba con la vagina llena de suciedad, e incluso de rastros. En más de una ocasión los maquilló e incluso les lavó el pelo. Pese a todo, la impronta de su mordisco en la nalga supone un testimonio elocuente: estaba entrenándose para convertirse en uno de los nuevos caníbales (Haining, 2005).

Como siempre en estos casos, el derecho punitivo, una vez que le tuvo a su merced, nos libró –y se libró– de Bundy demostrando su culpabilidad y condenándolo a la silla eléctrica. Última lección: la hipocresía sociocultural que prefiere concentrarse en la pena sin explorar, junto con ella, otras posibilidades que podrían resultar socialmente mucho más benéficas. La ley prefiere encerrar, matar, aislar y castigar a los monstruos antes que permitir el acceso a los especialistas para un estudio sistemático y coherente del criminal. Este es uno de los principales obstáculos que todavía hoy impiden comprenderlo, anticiparlo, prevenirlo, salvar vidas e impedir que otros aparezcan.

BIBLIOGRAFÍA

- Arsuaga, J.L. (2002). *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Arsuaga J.L., Martínez, I. (1998). *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*. Madrid: Temas de Hoy.
- Askenasy, H. (1994). *Cannibalism. From sacrifice to survival*. New York: Prometheus Books.
- Backderf, J. (2002). *Mi amigo Dahmer*. Derfcity Cómics.
- Belinchón, G. (2009). ¿Es insano el cine de terror sádico? Madrid: Diario *El País*, 31 de octubre.

- Benezech, M. *et al.* (1981). *Canibalism and Vampirism in Paranoid Schizophrenia. Journal of Clinical Psychiatry*, 42 (7).
- Berbell, C. y Ortega, S. (2003). *Psicópatas criminales: Los más importantes asesinos en serie españoles*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Brooks, M. (2008). *Zombi. Guía de supervivencia*. Barcelona: Berenice.
- Conradi, P. (1992). *The Red Ripper: Inside the Mind of Russia's Most Brutal Serial Killer*. New York: Dell.
- Dunboyne, L. (ed.) (1953). *The Trial of John George Haigh*. London: William Hodge & Company.
- Egger, S.A. (1998). *The Killers Among Us: Examination of Serial Murder and Its Investigations*. Upper Saddle River (NJ): Prentice Hall.
- Ferris, A. y Fontanet, N. (2007). *Pasaporte al infierno. Un viaje sin retorno a la naturaleza de la bestia*. Barcelona: Quarentena Ediciones.
- Gilmore, D.D. (2003). *Monsters. Evil Beings, Mythical Beasts, and All Manner of Imaginary Terrors*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- González-Fierro, J.M. y González-Fierro, F.J. (2005). *Simpatía por el diablo. Serial killers de cine*. Madrid: Arkadin.
- Guest, K. (2001). *Eating their words. Cannibalism and the boundaries of cultural identity*. Albany: State University of New York Press.
- Haining, P. (2005). *Caníbal Killers. The real life flesh eaters and blood drinkers*. London: Constable & Robinson Ltd.
- Jones, L. (2005). *Cannibal. True Story Behind the Maneater of Rotenburg*. New York: Berkley Publishing Group.
- Katz, F.E. (1992). *Ordinary People and Extraordinary Evil*. Albany (NJ): Sunny Press.
- Kerbo, H.R. (2004). *Estratificación social y desigualdad. El conflicto social en perspectiva histórica, comparada y global*. Madrid: McGraw-Hill Interamericana.
- Krafft-Ebing, R. (1970). *Las psicopatías sexuales*. Barcelona: Sagitario.
- Kushner, B. (1997). *Cannibalizing Japanese Media: The Case of Issei Sagawa. Journal of Popular Culture*, 31 (3): 55-68.
- Levi-Strauss, C. (1995). *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Lohr, D. (2009). *The Story of Anatoly Onoprienko*. (TruTV Crime Library: <http://www.trutv.com>; recogido el 9 de noviembre).
- Martín, A. (2002). *Corpus Delicti. Los vampiros existen*. Barcelona: Planeta.

- Martínez, L. (2009). Suspendido el estreno de la última entrega de "Saw". Diario *El Mundo*, 23 de octubre.
- Masters, R.E.L. y Lea, E. (1970). *Sexualidad criminal en la historia*. Barcelona: Picazo.
- Medellín, J.A. (2007). Comparan al supuesto "caníbal" con el asesino de "El silencio de los inocentes". México DF: Diario *El Universal*, 15 de octubre.
- Núñez, G. (1912). *La secuestradora de niños*. Barcelona: F. Granada y C^a.
- Palacios, J. (1999). *Psychokillers. Anatomía del asesino en serie*. Madrid: Temas de Hoy.
- Pérez-Abellán, F. (1997). *Crónica de la España negra. Los 50 crímenes más famosos*. Madrid: Espasa Calpe.
- Pérez-Abellán, F. (2002). *Alcácer. Punto Final*. Barcelona: Martínez Roca.
- Pérez-Abellán, F. (2004). *El Señor de los crímenes*. Madrid: Espasa Calpe.
- Pérez-Abellán, F. y Pérez-Caballero, F. (2002). *Asesinos. Diccionario Espasa*. Madrid: Espasa Calpe.
- Pérez-Fernández, F. (2005). *Imbéciles morales. Consideraciones históricas de la mente criminal*. Jaen: Ediciones del Lunar.
- Pérez-Fernández, F. (2007a). *Duendes en el laberinto: Un estudio acerca de los asesinos sistemáticos*. Villafranca del Castillo: Servicio de Publicaciones de la Universidad Camilo José Cela.
- Pérez-Fernández, F. (2007b). Ficciones y realidades del espectáculo mediático: Manipulación y efecto "nintendo". *Edupsykhe*, 6 (1): 133-146.
- Prins, H. (1985). Vampirism: A Clinical Condition. *British Journal of Psychiatry*, 146 (6): 666-668.
- Reig, R.; Torres, D.; García, A. y De Vicente, B. (2009). *Siete crímenes casi perfectos*. Barcelona: Debate.
- Ressler, R. K. (2005). *Dentro del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie*. Barcelona: Alba Editorial.
- Ressler, R.K. y Schachtman, T. (1993). *Whoever Fights Monsters: My Twenty Years Tracking Serial Killers for the FBI*. New York: St. Martin's Paperbacks.
- Sagawa, I. (1983). *In the Fog*. Tokyo: Hanashi No Tokusyu.
- Schwartz, A.E. (1994). *El hombre que no mató lo suficiente*. Barcelona: Grijalbo.
- Woods, P. (1995). *Ed Gein. Psycho!* New York: St. Martin's Press.
- Yélamo, A. y Mendez, J. (1989). El detenido por el asesinato de un joven de Cádiz se confiesa autor del crimen. Diario *El País*, 1 de febrero.